

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

El emperador Constancio y la imagen del monarca ideal a través de los discursos de Juliano.

Cardozo, Paula María.

Cita:

Cardozo, Paula María (2009). *El emperador Constancio y la imagen del monarca ideal a través de los discursos de Juliano. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/687>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

El emperador Constancio y la imagen del monarca ideal a través de los discursos de Juliano

Cardozo, Paula María (UNCU)

Introducción

El s IV es un siglo de singulares características, sumamente rico, en el cual la idea de “restauración imperial” se concretará en el marco de nuevas estructuras culturales, religiosas, políticas y económicas. Se presenta como una etapa de transición, con cambios y permanencias, abundante en transformaciones, ya que en él culmina el proceso de cristianización del Imperio Romano.

La sociedad del siglo abordado es la de una época en formación, en la que el mundo romano va pasando de la concepción pagana de la vida a la cristiana, con los cambios que ello implica en todos los órdenes. Enmarcadas en estas circunstancias se ubican las ideas políticas presentes en la literatura de la época.

El presente estudio se comprende dentro del contexto histórico de este siglo IV. El propósito del mismo es indagar aspectos del pensamiento político acerca de la realeza presentes en los discursos de Juliano. Para ello se centrará la atención en los dos discursos referidos a su primo el emperador: el “Elogio del emperador Constancio” y “Sobre las acciones del emperador” o “Sobre la realeza” según la traducción de José García Blanco¹

La figura de Juliano representa el último intento de reacción pagana. “...*apóstata para los cristianos, piadoso para los paganos – e incluso para ellos excesivamente supersticioso-, inmerso al fin en esa lucha decisiva de su época, su perfil está profundamente influido por las dos corrientes en conflicto...*”²

El “Elogio del emperador Constancio”.

Este discurso fue escrito por Juliano y enviado a la corte con el objetivo de defenderse de las intrigas del jefe del ejército de la Galia, general Marcelo, quien había

¹ Juliano *Discursos I-IV*. Introducción, traducción y notas de José García Blanco. Madrid, Gredos, 1979

² García Blanco, José En Introducción a Juliano, op cit, p 8

sido llamado a comparecer ante el emperador en Milán debido a su comportamiento en el sitio de Sens.³

Como resultado de este incidente el general fue depuesto de su cargo, que fue asumido por el César Juliano.

El esquema general del discurso sigue los cánones de la retórica vigentes en ese momento. Aunque el mismo autor confiesa no ser un orador profesional, y esto le va a permitir introducir ciertas digresiones.

Los estudiosos se plantean qué influencias se advierten en este encomio, para concluir que confluyen en él las dos formas que podía presentar un elogio según los tratados de retórica: uno es más biográfico, y el otro se fundamenta en el elogio de las virtudes del soberano.

Y en líneas generales son los modos que tomaron los panegíricos de las figuras más destacadas en la retórica del s IV: Libanio y Temistio. Siendo el primero más retórico y con mayor abundancia de noticias históricas; mientras que Temistio, filósofo político, elogia más la virtud del emperador que los hechos gloriosos.

Juliano comienza el discurso exponiendo su objetivo que será cantar las virtudes del emperador y sus hazañas y enumerar sus combates contra la tiranía. Y aunque se reconoce más como filósofo que como orador igualmente intentará exponer simplemente los hechos. Y no teme emprender la tarea de hacer el elogio, género que se ha hecho sospechoso de convertirse en una adulación hipócrita, porque confía en las virtudes reales del elogiado para no caer en dicha adulación. (4, c)⁴

Luego expone los temas que tratará en el discurso y el orden en el que lo hará afirmando que conviene comenzar por la educación que ha recibido el príncipe ya que ésta lo ha conducido a la virtud presente; relatar luego sus hazañas, que son la demostración de sus virtudes, para finalizar elogiando sus dones, fruto de los cuales son sus acciones. (4, d)

Aclara que se detendrá más a describir las virtudes del príncipe que sus hazañas, pues a lograr estas últimas contribuyen otras personas además del monarca. Por el contrario *“las obras de virtud son sólo del que las hace y su elogio al ser auténtico, es adecuado al que posee la virtud”*. (5, b)

Juliano se muestra conocedor de la retórica y de las normas que regían al género del panegírico, como lo expresa al citar que dichas normativas consideran que hay que

³ Estando Juliano en Sens sufrió el sitio de la ciudad durante un mes por los bárbaros. Y el general Marcelo, acampado cerca de allí, no acudió en su auxilio.

⁴ En adelante se citarán de este modo los textos de Juliano en los que aparecen las ideas mencionadas.

recordar al igual que a los antepasados, a la patria. Pero en este punto el autor dice que no sabe a qué ciudad considerar “patria” de Constancio. Si a Roma, a Constantinopla o a Iliria (Sirmio). Finalmente se decide por elogiar a Roma, a la que el mismo Constancio ha llamado “maestra de virtudes”. (6, c)

Se detiene luego a alabar el linaje del emperador, recordando que todos sus antepasados fueron reyes, ya sea por haberse hecho ellos legítimamente con el poder o bien por haberlo recibido de quienes mandaban. (6, d) Comienza con la mención de Claudio el Gótico, prosigue con al de los abuelos del emperador, Maximiano y Constancio Cloro alabando sus hazañas frente a los bárbaros y la concordia que reinaba entre ellos. Seguidamente se refiere a Constantino, sus hazañas, la benevolencia hacia sus súbditos, la fundación de Constantinopla, su generosidad. Pero de todas las obras de Constantino, la mejor fue el nacimiento, crianza y educación de Constancio. Parte del mérito de las virtudes del emperador se deben a su educación superior o educación regia que ejerció su cuerpo en la fuerza, buena salud y belleza. Y preparó su alma para la fortaleza, la justicia, la templanza y la prudencia.

Al cuerpo lo educó con ejercicios físicos y al alma con ejercicios de la literatura y estudios propios de su edad. (10, c).

Desde muy joven Constancio comenzó a actuar en la vida pública, reemplazando a su hermano Constantino en la Galia. Se lo acostumbró a soportar al enemigo y se lo hizo ejercitar en su valor.

Destaca la prudencia del príncipe en el manejo de los asuntos públicos, en el trato con los extranjeros, y dice que ésta es una virtud que posee por naturaleza. Afirma que los mejores ciudadanos lo instruyeron en el manejo de los asuntos públicos. Y que los encuentros con los jefes bárbaros de la región le proporcionaron el conocimiento de los usos, leyes y costumbres extranjeras.

De la Galia pasó a Asia, a enfrentarse a partos y medos. Este ir de un país a otro lo fue preparando para su futuro gobierno. Sostiene Juliano que “... *la benevolencia divina, deseando preparar desde el principio tu virtud para el gobierno del universo, te ha llevado en torno y te ha mostrado las fronteras y límites de todo tu dominio, la naturaleza y extensión de sus regiones, la fuerza de sus pueblos, la abundancia de sus ciudades, la naturaleza de sus habitantes y, lo más importante, el gran número de problemas de los que no puede apartarse quien ha sido educado para un poder tan grande.*” (13, d)

Se desprende de este texto la conveniencia de que el rey conozca empíricamente a los pueblos y lugares sobre los que va a gobernar, y sobre todo que esté preparado para afrontar los problemas que se le puedan presentar.

Alaba luego en el gobernante la capacidad de mando, la cual no se da si no se ha ejercitado también la capacidad de obedecer. (14, a)

Retoma el asunto de la educación afirmando que si a los príncipes se les pide un alto grado en la virtud, se deben prever los medios para llegar a ello. Es decir, la educación, que, según el autor debe ser diferente a la del resto de los ciudadanos, debe ser una educación superior, como la que recibió Constancio, “...*gracias a la cual sobresaliste en belleza, fuerza, justicia y templanza, logrando una buena disposición física por medio de los trabajos, poseyendo la templanza por medio de las leyes y utilizando un cuerpo más fuerte gracias a la fortaleza de tu alma y, a su vez, un alma más justa gracias al vigor de tu cuerpo.*” (16, a)

Con respecto a las cualidades que adornan al emperador, Juliano cree que algunas las posee por naturaleza y a otras las hizo surgir con esfuerzo.⁵

De su infancia y juventud alaba también la generosidad al procurarle lo necesario a los demás y efectuar grandes regalos, y la moderación en el disfrute de sus bienes personales. Así como también la prudente obediencia a su padre y la dulzura en el mandar.

Luego Juliano hace una reflexión acerca de la piedad demostrada por Constancio hacia su padre fallecido y las honras realizadas a su tumba.

A continuación aparece una alusión que al parecer de García Blanco es un tanto atrevida para incluirla en un panegírico al emperador, pues al referirse al comportamiento del príncipe con sus hermanos, con los ciudadanos y con el ejército dice que lo hizo siempre con justicia y moderación, exceptuando alguna ocasión en que, obligado por las circunstancias, no pudo impedir que otros se equivocaran, aún contrariando su voluntad. (17, a)⁶

Como se advierte, en este texto Juliano atribuye la responsabilidad de los crímenes del año 337 a los hombres que rodeaban al emperador.

Antes de pasar a enumerar las hazañas del emperador, el orador menciona la concordia reinante entre el monarca y sus súbditos y cómo compartían el poder entre los hijos de Constantino sin que hubiera entre ellos recelos y ambiciones.

⁵ “...algunas de estas virtudes crecieron a partir de tu propia naturaleza, y otras las ayudaste desde fuera merced a tus cuidados.” (16, a)

⁶ Juliano culpará a la camarilla de Constancia de sus crímenes. Pero en escritos posteriores como la *Carta a los atenienses* hará responsable de ellos al mismo emperador.

Con respecto a esta idea de la armonía reinante entre los hermanos, en escritos posteriores sostendrá lo contrario, afirmando que la ambición los llevó a crímenes y guerras.

Los capítulos siguientes hablan de las proezas de Constancio en sus enfrentamientos militares con persas y con los usurpadores. Y en esos relatos deja ver también virtudes del monarca como la moderación y magnanimidad (19, b); la humanidad y la dulzura con pueblos sublevados y con tropas indisciplinadas (20, d).

Durante las campañas militares se muestra hábil en la consecución de recursos, hombres y dinero, y enseña a sus soldados a soportar fatigas con su propio ejemplo (16, c) Y una vez concluida triunfalmente la campaña contra los partos, recorre las ciudades liberadas repartiendo paz y riquezas. Enfrenta con éxito los problemas y peligros que acechan al rey y a sus súbditos como los bárbaros y las sublevaciones de tiranos).

Al relatar el sometimiento del sublevado Vetrano resalta el valor de Constancio y su habilidad para hablar, su poder de persuasión frente a los soldados que terminan aclamándolo como único emperador. Y hasta el mismo Vetrano se entrega voluntariamente. Compara su oratoria con la de Demóstenes.

Elogia luego el comportamiento justo del emperador con los vencidos y llega a calificarlo como “...*orador, general y emperador virtuoso y valiente hoplita*”. (32, b)

Describe luego los crímenes del tirano Magnencio, los preparativos de la guerra entre ambos y el enfrentamiento final con el usurpador hasta lograr la derrota de éste. Elogia la victoria sobre la tiranía que es justa y afirma “...*nunca hubo una victoria mejor ni más justa que ésta ni de la cual se alegrara más el género humano, realmente liberado de tanta crueldad y cólera...*” (40, b-c). Asimismo alaba la magnanimidad imperial en el trato con los vencidos (38, b)

Siguiendo el esquema del discurso planteado por él mismo, Juliano se detiene en las virtudes que sustentaron las acciones del príncipe, aspecto que él considera el más importante del elogio.

Retoma temas como la piedad de hijo, la concordia entre los hermanos, la obediencia y sumisión al compartir el poder. En fin, habla de su comportamiento moderado y prudente en relación con su padre y sus hermanos. (41 b y c)

Las guerras emprendidas por Constancio fueron guerras justas y valerosas (42, a) guerras emprendidas no por el deseo de fama ni de gloria, ni por ambición de un imperio

mayor, sino que “...por amor a la belleza misma de esta acción creíste que era preferible afrontarlo todo antes que ver a un bárbaro reinando sobre los romanos”. (42, b)

En la preparación de la campaña contra el usurpador Constancio no reparó en gastos y se mostró generoso con las ciudades y con los particulares que habían caído en desgracia e hizo regalos de su patrimonio particular. Y en este aspecto lo compara con Alejandro “...está claro para todos que jamás, excepto Alejandro, el hijo de Filipo, se vio ningún rey que repartiera tantos regalos a sus amigos”. (43, c)

Alaba en Constancio las larguezas para con sus súbditos, sin envidias, aumentando las riquezas de los mismos, o creando nuevas fortunas. Se alegra con los bienes de otros y a algunos les ha otorgado honores distribuyendo el mando de ciudades o pueblos. Pero en este aspecto ha ido más allá, eligiendo a una persona que compartiera el Imperio, él mismo, Juliano, al ser nombrado César. Y lo ha hecho no por necesidad sino “...por el placer de hacer don de todo”. (44, d). Pues no eligió colega para luchar contra los tiranos, sino cuando ya no existió peligro. Y lo hizo participar plenamente de los honores, mientras que de las fatigas casi nada.

En este punto el elogio exagera en cuanto a los motivos por los cuales Constancio elevó a su primo a la categoría de César, como antes ya lo había hecho con Galo, porque es sabido que en ambos casos los nombramientos respondieron a necesidades de tipo estratégica y militar.

En los párrafos siguientes Juliano se detiene en la moderación y prudencia del emperador y en la buena disposición que inspiró en sus subordinados. Con respecto a la virtud de la moderación fue educado en ella desde pequeño. Y cuando hombre siempre la demostró al comportarse como un ciudadano obediente a las leyes y no como un rey que manda en ellas.

Se hace necesario aclarar que en este aspecto difiere de la concepción temistiana que considera al rey “ley viviente” o “fuente de ley” y por lo tanto por encima de la ley.⁷ En Juliano aparece el buen monarca como aquél que respeta la ley existente al igual que los otros ciudadanos. La ley será la máxima instancia de autoridad, el valor supremo.

En el contexto del discurso esta obediencia a las normas se incluye en la virtud de la moderación a la cual está haciendo referencia el autor. Pero es posible ver aquí diferencias con la filosofía política de Temistio.

⁷ Temistio, *Discursos políticos*, Introducción, traducción y notas de Ritoré Ponce, J. Madrid, Gredos, 2000

En orden al encomio de las virtudes del emperador, Juliano se detiene en la templanza de costumbres del gobernante y en su prudencia, diciendo de esta última textualmente “...no es lógico que un poder y una fuerza tan grandes, si no han sido dirigidas y mandadas por una prudencia igual, hayan llegado a tanta grandeza y alcanzado tan bellas hazañas”. (47, a y b) Discurre luego que para un estado, florecer sostenido en la fortuna por un periodo corto es fácil. Lo difícil es salvaguardar en el tiempo los bienes recibidos, tarea ésta que sólo se lleva a cabo con la prudencia. (47, b) Y en las acciones de Constancio se encuentran muchos ejemplos de esto, considerando que el autor define lo que para él, siguiendo a Aristóteles, es el buen juicio, a saber “encontrar la mejor solución entre diferentes cosas buenas y provechosas referente a las acciones”. (47, c) Siguiendo a Juliano, en el Augusto se da esta prudencia política: cuando hubo necesidad de concordia se empequeñeció, y al contrario cuando tuvo que decidir una acción extrema o arriesgada, como la guerra contra los tiranos, optó por lo correcto con grandeza.

Afirma a continuación que la buena disposición de los súbditos hacia el soberano, es su mejor defensa. Pero esta buena disposición no se logra a través de un mandato. Hay que conseguirla “imitando a la naturaleza divina”, es decir actuar con dulzura frente a la cólera, alivianar castigos y tratar con moderación y clemencia a los enemigos derrotados.

La imitación de la naturaleza divina es un tema que también aparece en Temistio, aunque el filósofo político va más allá al proponer la asimilación del monarca con la divinidad. En Juliano el rey imita a la divinidad al buscar la virtud.

Con respecto a la clemencia Temistio la lleva más lejos que el autor analizado, al considerar la posibilidad de que el rey pueda incluso suprimir castigos, ya que está por encima de la ley. Es el rey-juez. Este concepto no aparece en el discurso estudiado.

Finalmente Juliano alaba la habilidad del emperador al conseguir la fidelidad de sus tropas y las del tirano. Y la dulzura y humanidad con que procedió con los amigos del sublevado Silvano contra los cuales no había pruebas de complicidad, sólo la sospecha por ser amigos de aquél. Dice el panegirista que entonces Constancio actuó con justicia y con mucha sensatez (48, d) ⁸

Igual trato recibió el pequeño hijo de Silvano.

Concluye el discurso expresando que la acción del príncipe, al inclinarse hacia la clemencia, es testimonio de la perfecta virtud que la inspira.

⁸ Contra Amiano que afirma la existencia de fuertes represalias.

Sobre las acciones del príncipe o “Sobre la realeza”.

El segundo texto analizado es otro encomio dirigido al emperador.

Los interrogantes que plantea este discurso son si fue enviado a Constancio o no y con qué motivo fue escrito. Con respecto al primer problema, García Blanco sostiene que una vez escrito, Juliano no consideró conveniente hacerlo llegar al emperador. Sí se publicará después y servirá para alimentar las acusaciones de falsedad hacia el autor, ya que los elogios a Constancio son en este discurso más exagerados que en el primero.

En cuanto al motivo por el cual fue compuesto hay divergencia de opiniones, desde que la intención fue mostrarle al emperador el deber ser, hasta impertinencias debido a las crecientes desavenencias entre ambos. Estos atrevimientos, como numerosas alusiones a los dioses, o la defensa de la mitología, responderían a un César más seguro en sus funciones y a las ya mencionadas diferencias entre ambos, surgidas después de varios triunfos militares de Juliano y sobre todo luego de la batalla de Estrasburgo. Probablemente el discurso haya sido escrito uno o dos años después de esta batalla, cuyo triunfo se adjudicó para sí el emperador sin darle participación a su César, lo que provocó susceptibilidades en Juliano.

Otra opinión es la de García Blanco quien sostiene que *Este panegírico sería algo así como un ofrecimiento de concordia de Juliano a Constancio para (...) restablecer la armonía.*⁹ Eso explicaría que en el escrito no se haga ninguna referencia a la famosa victoria que fue uno de los motivos de los celos y distanciamiento mutuos.

Al igual que el primer discurso, éste combina también las dos formas del elogio, el retórico, que resulta aquí más grandilocuente y en el que se hace la comparación del emperador con los héroes homéricos. Y el filosófico, donde aparecen las ideas acerca de la monarquía más claramente que en el anterior.

El escrito comienza con la disputa entre Aquiles y Agamenón y el agradecimiento a Constancio por los honores de los que lo ha hecho objeto. (50, c) Sigue un esquema similar al primer panegírico y hace el elogio del linaje del emperador, pero los estudiosos advierten aquí, además de la constante alusión a los héroes homéricos y a la mitología, mayor seguridad de Juliano que se incluye él mismo en la familia de Constantino. (51, c)

⁹ Juliano, op cit p 209

Continúa con la descripción detallada de las batallas que siempre fueron guerras justas y “*no por el deseo de extender sus dominios*” (55, c) y destaca la magnanimidad en el trato con los vencidos (58, b) En cuanto a la descripción de las acciones militares, sostiene García Blanco que se advierte a un Juliano con mucha más experiencia militar.

Al concluir el relato del tercer sitio a Nísibe, expresa la conveniencia de que el general o el rey, como un sacerdote, dé culto con todo su ritual a Dios, sin olvidar nada ni dejar que otros presidan las ceremonias (68, b y c) prefigurando lo que él mismo hará cuando sea emperador como General y Pontífice Máximo.

Aparece luego una digresión donde el autor expone y parafrasea un pensamiento de Platón, ejemplo de las libertades que se toma dentro del género del panegírico.

Luego sigue con las descripciones bélicas intercalando en ellas alusiones a los méritos del emperador como la fuerza y el valor en la guerra, la inteligencia al gobernar, o el buen consejo. (73, b y c)

Más adelante alaba, como en su primer elogio, la oratoria de Constancio en su discurso frente a las tropas de Vetrano en el cual “*se vale de las palabras en el momento oportuno, de forma que penetra en las almas*” (77, a) logrando así la sumisión voluntaria de las tropas.

Del mismo modo que en el primer panegírico, en éste Juliano aclara que no va a continuar con el encomio de las hazañas del príncipe, sino que se va a dedicar al elogio de lo más importante, que es la virtud. (79, d) Virtud que nace del alma y la hace feliz y digna de un rey, y que nada ni nadie puede arrebatarla a quien la posee. (80, a y c) Aún cuando un hombre bueno hace partícipe a otro de su virtud, ésta no se disminuye. (80, d)

Considera que el que posee la virtud es el único noble (81, a), considerado hijo de los dioses (82, c). Al rey lo hace tal la virtud. Dice textualmente “*ni una fortuna antigua, ni otra forjada recientemente (...), hacen un rey, ni tampoco un manto de púrpura ni una tiara ni un cetro, ni una diadema ni un trono antiguo, ni un gran número de hoplitas ni diez mil jinetes, ni siquiera aunque todos los hombres reunidos lo aclamaran como su rey, porque ellos no le dan la virtud, sino un poder menos afortunado para el que lo toma que para los que se lo ofrecen*” (83, c y d)

Los que mandan sobre tierras y pueblos y toman decisiones arbitrarias, sin inteligencia ni prudencia, no son libres. Se hacen esclavos del placer, del lujo, del libertinaje, de la insolencia y la injusticia. Y aunque sus hazañas sean conocidas por todos, no son hombres fuertes. Porque sólo son hombres fuertes los que son valientes y

magnánimos acompañados de la virtud. En cambio el que es vencido por toda clase de apetitos y dominado por su cólera ni es valiente ni fuerte (84, c)

Tampoco lo son los ambiciosos de bienes materiales, pues viven siempre dedicados a poseer y siempre están necesitados. Están dominados por el amor a las riquezas y no alcanzan nunca la paz. (85, a y b)

A continuación el autor describe ampliamente cómo debe ser el monarca ideal.

Dice que en contraposición a lo expresado anteriormente, el soberano bueno y magnánimo debe ser, ante todo piadoso con los dioses, justo y solícito con sus padres, benevolente con sus hermanos, accesible y dulce para los suplicantes y extranjeros. Se ocupará con justicia del provecho de la mayoría. Debe ser valiente y generoso por naturaleza, no complacerle la guerra y odiar las discordias civiles, pero oponerse, con valor y energía, a los que se sublevar. (86, a y b)

Participará con todos en los trabajos. Se alegrará en poder hacer el bien a la mayoría y regalar a todos aquello de lo que están necesitados, pues esa es la misión del auténtico rey. (86, d)

En su relación con los ciudadanos, debe cuidarlos como un pastor a su rebaño procurándoles su alimento y la tranquilidad. Y a sus soldados los supervisará, los mantendrá unidos y los ejercitará en la valentía y la fuerza para que sean los protectores del pueblo. En el texto compara a los soldados con nobles perros guardianes del rebaño. El monarca deberá procurar que no sean como rapaces o plagas del ganado, o como lobos que se convierten en un peligro en vez de ser los salvadores. No debe permitir que sean perezosos y poco belicosos, ni desobedientes, sino disciplinados. Conseguirá que no teman a ningún trabajo por más duro que éste sea y que se sobrepongan a la fatiga. Y esto lo hará principalmente con el ejemplo, apartándose de todo tipo de placer, no deseando ni más ni menos riquezas, ni arrebatándoselas a sus súbditos, cediendo poco al sueño y huyendo de la inactividad. (86, d y ss.)

Volviendo al modelo que debe ser para sus soldados afirma que *“para el soldado que se esfuerza no hay espectáculo más agradable que un emperador sobrio, que se aplica al trabajo de buen grado y que anima (...) cuando la situación parece terrible”*. (88, a)

No menos debe preocuparse de que no les falte lo necesario, pues a menudo, los guardianes más fieles, obligados por las penurias se vuelven salvajes. (85, b)

El buen monarca debe ser salvador y protector de la ciudad, rechazando los peligros exteriores y extirpando las discordias civiles, las malas costumbres, el lujo y el libertinaje. Expulsará de ella la violencia, la injusticia y la ilegalidad. (89, c)

Respetará y hará respetar la ley.¹⁰ Así obtendrá mayor obediencia si él mismo respeta las normas. Se preocupará del derecho y de la justicia. Honrará a su patria salvaguardando sus leyes, porque la ley descende de la justicia. (89, a)

Como juez debe conocer para distinguir aquellos delitos que pueden ser rectificadas de los que no. De estos últimos debe apartarse totalmente y no participar de juicios en los que la ley ha decretado la pena de muerte, pues *“el rey no debe empuñar la espada contra un ciudadano, aunque haya cometido los peores crímenes”* (89, d)

El gobernante debe ser profeta y servidor del rey de los dioses que fue el artífice de todos los bienes existentes para el provecho común del género humano. (90, a)

Con respecto a los funcionarios que lo ayudarán en el gobierno el buen rey debe asignar las magistraturas según las aptitudes de cada uno ya sean las militares, o las civiles, o los jueces, etc. Y no debe dejarse engañar por las apariencias. *“Una vez que haya elegido y reunido en torno a sí a los mejores, encargará a éstos la elección de los magistrados menores”*. (91, d)

En cuanto al pueblo el emperador debe exigir que no sea perezoso ni temerario, pero debe procurar que no le falte lo necesario. No debe abrumarlo con impuestos injustos, procurará que vivan en paz y así los hombres lo amarán y darán gracias a los dioses por el príncipe y suplicarán bienes para él. (92, a y b) El tema del rey que hace felices a sus súbditos y con ello obtiene mejor beneficio de ellos también aparece en Temistio. Éstos no le temen.

El discurso de Juliano sigue con la confrontación de esta imagen de monarca ideal con la figura del emperador Constancio y el resultado es que la mayoría de las notas del buen gobernante se dan en el emperador.

Comienza aludiendo al amor de Constantino por este hijo, al punto de confiarle los asuntos del Imperio. Al referirse a la relación con sus hermanos retoma la idea de que no peleó contra ellos ni pretendió más territorios sobre los que gobernar. Juliano aprovecha la ocasión para reafirmar que la *“monarquía no es una forma de vida muelle ni el rey debe comportarse como los que (...) inventan la forma de hacerse con mayores ingresos, ni debe provocar una guerra que no sea para provecho de sus súbditos”*. (94, d)

Cuando Constancio tomó las armas fue para vengar a su hermano. Y el orador admira no tanto el triunfo, sino el haber promovido la guerra con toda justicia, el haber

¹⁰ Cfr. Candau Morón, J. La filosofía política de Juliano. En: Habis, nº 17, 1986, Editorial Universitaria de Sevilla, p 89

peleado con valentía y experiencia. Y una vez concluida, el haber utilizado la victoria con moderación, o lo que es lo mismo el haberse mostrado digno de vencer. (95, a)¹¹

Siendo ya emperador no sólo fue querido y amado por sus amigos, a los que otorgó grandes honores, poderes, libertad de palabra y riquezas. Sino que también fue considerado por sus enemigos que muchas veces prefirieron su compañía. (97, b y c)

Cercano al final del elogio vuelve a hacer referencia, como en el primer discurso, a la bondad y moderación con que trató al hijo del sublevado Silvano una vez derrotado éste. *“Ni se mostró duro con el hijo de aquél hombre, ni entró en sospechas ni fue temible para sus amigos, sino que se mostró con la mayor dulzura y clemencia con todos “.* (99, b)

Al rey le corresponde la dulzura, la bondad y la humanidad, y el dolerse con las desgracias de sus súbditos. (99, d) En el episodio con el niño, Constancio se mostró civilizado y magnánimo. Del mismo modo actuó con los allegados a Silvano que no habían sido declarados culpables. Con estas acciones, afirma, el emperador fortaleció la virtud en valentía, moderación y prudencia. (100, c y d)

El elogio termina con el encomio de su firmeza y dignidad, de tal forma que nunca ha sido vencido por sus enemigos ni tampoco “encadenado” a pasiones vergonzosas, o a ambición desmedida. Y siempre se ha hecho presente en las regiones del Imperio que presentaban problemas, sin tener en cuenta las incomodidades del clima.

Conclusiones.

A lo largo del análisis de los dos discursos se han ido advirtiendo algunos elementos dignos de consideración. En ambos elogios el esquema interno es similar: alabar al monarca por su linaje, por sus hazañas pero sobre todo por sus virtudes.

Como lo deja expresamente sentado Juliano, para él lo más importante, lo que realmente hace a un emperador es la virtud. En su acción de gobierno los actos del rey deben ser manifestación de esa virtud: la piedad con los dioses, la clemencia, la valentía, el dominio de las pasiones, la generosidad, el trabajo, su lucha contra la injusticia y la inmoralidad, su protección de las leyes, la elección de sus colaboradores.

¹¹ En este párrafo se menciona a la fortuna como la que le dio a Constancio el triunfo. Se hace necesario aclarar que ésta será una de las ideas rectoras de la filosofía política de Juliano, la fortuna como una potencia universal, ciega e irresponsable, que rige los acontecimientos humanos.

Si bien en los discursos aparece la imagen del monarca ideal con las virtudes propias que lo adornan, se cree que todavía no se deja ver expresamente o en su plenitud, lo que será la posterior “filosofía política” de Juliano, su programa de gobierno.

En cierta medida en estos escritos Juliano responde aún a la concepción del poder propia del s IV, expresada tanto por paganos como cristianos, para la que la monarquía emana de la voluntad expresa de la divinidad, es reflejo en la Tierra de la jerarquía celeste y se sacraliza la función imperial. En este sentido Juliano, en vida de Constancio, se comportó como un miembro de la dinastía constantiniana y como César se mostró partidario suyo. Aunque la mayoría de los autores cree que ya había optado por sus ideas paganas, mantuvo esto en secreto, utilizando un lenguaje ambiguo.

No obstante lo anteriormente expresado, en el segundo panegírico a Constancio se advierte mayor libertad en las expresiones de Juliano y aparecen ya algunos conceptos que no concuerdan con la idea del monarca propia del siglo. El rey no está, en los escritos julianos, por encima de la ley. Por el contrario el buen soberano es el que se somete a la ley, siendo ésta la instancia de autoridad suprema. Y esta ley no emana de la divinidad, sino de los hombres, del alma de los hombres, de la sabiduría y el conocimiento.

En algunos párrafos se encuentra la idea de fortuna, de lo azaroso que rige los actos de los hombres. Este concepto no condice con el de la existencia de un orden sobrenatural cuyo reflejo es el orden terrestre con la autoridad del gobernante a la cabeza.

La forma de sobreponerse a la fortuna en Juliano es la práctica de la virtud. Las virtudes del príncipe se manifiestan en sus acciones. Y de su virtud se benefician todos los hombres.

El rey enseña con el ejemplo y no con exigencias y declamaciones. En la práctica de la virtud el rey imita a la divinidad.

Las exageraciones propias del género que figuran en el primer discurso, se han amplificado en el segundo, en el que la intención era restablecer la concordia perdida después de los triunfos militares de Juliano y de controversias con los funcionarios impuestos al César por el emperador. Como ya se ha expresado en este segundo escrito se manifiesta más clara la imagen del rey ideal y en la confrontación con los actos del emperador, se concluye que es un buen monarca. Sin embargo algunas notas no cuadran con el accionar de Constancio, o al menos no son mencionadas como tales. Es el caso de la lucha contra la inmoralidad y la injusticia, o su amistad con el pueblo y los soldados, o la acertada elección de sus funcionarios. Amén de que tampoco se hace mención a la piedad religiosa del emperador, que sí existió en la realidad.

Esto ha llevado a afirmar a García Blanco que en este segundo encomio Juliano no ha llevado el panegírico hasta el extremo. Y reconoce además que el César no es sincero al alabar algunas virtudes como la concordia entre los hermanos del emperador, o la clemencia frente al hijo de Silvano.¹²

Existen acusaciones de hipocresía efectuadas por algunos críticos a Juliano a causa de estos dos escritos. En defensa del panegirista se puede decir con García Blanco que no todo lo que está en los discursos son mentiras interesadas. Que hay virtudes elogiadas que sí responden a la realidad de Constancio como su éxito en las batallas o la moderación de sus costumbres. Que las exageraciones son las propias del género. Y que en algún párrafo al referirse a actos de crueldad, no exime del todo a Constancio de su responsabilidad en los mismos.

En cuanto al elogio casi ideal del rey puede ser considerado como un mostrar al emperador el deber ser. Pero también como una incipiente descripción de lo que serán algunas de las propias ideas de gobierno de Juliano.

¹² Cfr. García Blanco En Juliano, op cit p 211